

CAPÍTULO XLVI.

LOS DIPUTADOS DE ARAGON VALENCIA Y CATALUÑA SE
ADHIEREN AL *Pacto de Tortosa*.

El Pacto de Tortosa causó profunda sensación en el país. No podía menos de suceder así.

El partido republicano, temiendo juntamente un próximo y mas general ataque por parte del gobierno, vió el modo de contrarestar su fuerza en la union de sus elementos, y saludó á la Asamblea de Tortosa, con el doble entusiasmo producido por su agradable sorpresa.

De todas partes llovieron felicitaciones y adhesiones al presidente del *Pacto*.

Los periódicos republicanos de Madrid y de las provincias excitaron al partido de toda España á que imitaran el ejemplo de Aragon, Valencia y Cataluña.

Los diputados de la República en el Congreso, si callaron á la salutación que se les dirigió desde Tortosa, no podían permanecer mudos ante un acto tan solemne, tan trascendental y que con tales muestras de entusiasmo habia recibido el partido entero.

Su conducta, su silencio al reunirse la Asamblea federal, dió motivo á sospechar que la minoría no miraba con buenos ojos aquel acto, para que no habia sido consultada y de que tuvo la primera noticia cierta cuando ya se estaba celebrando, y que miraba celosa la iniciativa propia del partido, temerosa de perder la dirección del mismo y viendo amenazada su autoridad desde el momento en que, independientemente de ella, los republicanos se organizaban, pactaban entre sí, establecían su línea de conducta política y formaban las leyes, digámoslo así, porque habian de gobernarse.

Pero la minoría por medio de sus individuos los diputados de Aragon, Cataluña y Valencia, supo desvanecer esas suspicaces sospechas publicando el siguiente manifiesto.

LOS DIPUTADOS REPUBLICANOS

DE ARAGON, CATALUÑA Y VALENCIA,

À LOS FIRMANTES DEL PACTO FEDERAL DE TORTOSA.

«Faltaríamos á un imperioso deber y desoiríamos consejos de nuestras conciencias, impulsos de nuestros corazones, si calláramos ante un hecho tan trascendental como vuestra reunion y un documento tan notable como vuestro manifiesto. La seguridad de que la tiranía no reaparecerá; la esperanza de que el sufragio universal ilustrado por la palabra hablada y la palabra escrita, completamente libres, nos llevará á la realizacion de todo nuestro ideal político; la confianza en la energía y en la prudencia del pueblo se aumenta cuando se ve á los representantes de las regiones más valerosas y más batalladoras quizá de toda Europa, reunirse con la calma propia de los fuertes, y trazarse

unánimes, sin olvidar un momento la idea fundamental de nuestras creencias, un código de conducta en que la pasión y la fé de los tribunos se hermanan con la prevision y la madurez de los hombres de Estado.

«Nosotros acabamos de pelear por la República en la Asamblea Constituyente. Vencidos somos; vencidos después de haber agotado todas nuestras fuerzas y de haber conducido la defensa hasta el límite último de todos nuestros derechos. Pero esta batalla sólo ha servido para afirmarnos en nuestras creencias, fortalecernos en nuestras esperanzas, é inspirarnos en la seguridad de que, siendo imposibles, ó al menos peligrosas, todas las soluciones monárquicas, nuestros propios enemigos han de reconocer la fuerza de la República.

«Ejemplos de sensatez y de cordura, como el vuestro, allanan el camino que conduce á estas inevitables soluciones. Sí, es necesario concluir con los golpes de Estado arriba y con los estériles pronunciamientos abajo. Es necesario concluir con esas agitaciones diarias que nos han traído dos oligarquías, igualmente insufribles; una oligarquía burocrática y otra oligarquía militar, las cuales consumen la médula del país, engendrando esos presupuestos monstruos, causa primera del atraso en que yacen la agricultura y la industria, de las perturbaciones que sufren el capital y el trabajo. Es necesario que los derechos individuales conquistados sirvan como de una gran pedagogía para instruir al pueblo en sus intereses; y el sufragio universal definitivamente adquirido como un poderoso instrumento para realizar todas las reformas. Las bases fundamentales de vuestro manifiesto; el respeto á los acuerdos de la Asamblea; la organización ordenada y pacífica de nuestras fuerzas; el propósito de librar nuestro porvenir al ejercicio de los derechos individuales, cuya limitación no

consentiremos jamás, nos prueban que hay entre vuestra inteligencia y nuestra inteligencia, entre vuestra voluntad y nuestra voluntad la más perfecta armonía.

«Este acuerdo, que nace de la comunidad de nuestras creencias, de la comunidad de nuestras desventuras pasadas, no se rompe en cuanto atañe al porvenir. Creemos firmemente en la necesidad de despertar el espíritu municipal y el espíritu provincial para que la federación sea una verdad moralmente demostrada, antes de ser una verdad práctica. La federación es la unidad en la variedad; la eterna ley del arte, de la naturaleza, de la ciencia aplicada á la sociedad. Durante la Edad Media existió la variedad sin la unidad. De aquí el triste aislamiento de los pueblos en el día nefasto en que sucumbieron sus respectivas instituciones libres. Padilla y los Comuneros se encontraron solos en Villalar, Segovia, Medina del Campo, Valladolid, Zamora, Toledo y Salamanca; no hallaron á Valencia, á Zaragoza, á Barcelona, en el día de sus grandes desventuras. Lanuza subió sólo al patíbulo. Cataluña no comprendió que al caer aquella cabeza en Aragón, caían también sus sacrosantos fueros. Juan Lorenzo trabajó sólo en Valencia. Y cuando este triste resultado del aislamiento feudal de la Edad Media llegó á sus últimas consecuencias, nada fué tan fácil á los Borbones como acabar con las últimas libertades que habían quedado un tanto firmes, con las libertades catalanas.

«Mas, á pesar de este aislamiento, ¡cuán superior fué la época de la variedad á la tristísima subsiguiente de aquella unidad monstruosa, en que todo principio, todo elemento liberal desapareció de las conciencias por la Inquisición, y de la sociedad por el rey! Los municipios, las cartas-pueblas, las Córtes, los jurados, los consellers, los alcaldes de nombramiento popular, los justicias habían

dado, así á Castilla como á Valencia, así á Cataluña como Aragón, así á Galicia como Astúrias, así á Estremadura como Andalucía, una grandeza y una prosperidad incalculables, grandeza y prosperidad que acompañan siempre á todas las libertades. En el instante mismo en que esta libertad desapareció para abrir paso á la unidad monárquica, el imperio español fué inmenso, colosal; pero fué también como la antigua Roma en los últimos días de su imperial unidad, el cadáver más grande y más podrido que han visto los siglos.

«No sacrifiquemos la unidad á la variedad como hizo la Edad Media. No sacrifiquemos la variedad á la unidad, como lo hicieron las grandes monarquías. Armonicemos estos dos principios, y resultará la federación, base indestructible de la libertad. Uno de los mayores servicios que el Manifiesto de Tortosa ha prestado á la Revolución es demostrar que en este movimiento federal no hay peligro alguno para la unidad de la patria, para la unidad de esta nuestra España, que todos amamos con igual entusiasmo, y por cuya integridad todos hemos vertido nuestra sangre: Castilla en el inmortal 2 de Mayo, Valencia y Alicante en memorables jornadas, Aragón en Zaragoza, Cataluña en los desfiladeros del Bruch y en los muros todavía humeantes de Gerona.

«Léjos de ir á la desmembración de la nacionalidad, vamos á perfeccionarla, poniendo su cúspide á la obra de tantos siglos por medio de la federación con Portugal. Si hemos de creer á una gran parte de su prensa, á las manifestaciones de Coimbra, á poderosas asociaciones de Oporto y de Lisboa, á las palabras de ilustres repúblicos, Portugal, que protestaría en una guerra interminable contra toda unión monárquica con España, está dispuesto á aceptar una federación peninsular, que le permitiese con-

servar su autonomía, como nosotros conservaremos la nuestra, á la sombra de una sola bandera y en el seno de una sola nación.

«Los Estados-Unidos de Europa, que son el ideal de nuestro siglo, pueden y deben comenzar en España. Nuestra posición geográfica, nuestra independencia inquebrantable, nos dan todos los medios de iniciar esta gloriosísima obra. La opinión europea nos auxilia de una manera poderosa. En Francia hasta los partidos más conservadores sienten una aspiración vivísima á tener asegurado su hogar, su conciencia, sus derechos, su dignidad de ciudadanos contra un nuevo Dos de Diciembre, contra un nuevo diez y ocho de brumario, y buscan los gérmenes federales que no han podido extinguir sus legiones centralizadoras de empleados ni sus legiones todavía más centralizadoras de soldados que la han traído á su actual bizantina decadencia.

«En Alemania todos los liberales afirman ya que la federación republicana es la única defensa contra el cesarismo militar de Prusia y la autocracia infame que siempre queda en el fondo de la política del Austria. Italia, que está deshonrada y arruinada por su corte, cuyas serviles complacencias con Napoleón Bonaparte han traído días nefastos como el día de Aspromonte y de Mentana, Italia comprende que la coronación de su unidad en Roma podría ser el comienzo de una decadencia tan larga y tan horrible como la decadencia del imperio romano, si no animase esa unidad con la federación de las maravillosas ciudades en cuyas repúblicas renacieron para gloria del género humano las artes y las ciencias.

«Y ninguno de esos países teme por su nacionalidad, por su independencia. Al contrario, saben que las federaciones salvan la unidad nacional con una energía sin ejem-

plo. Cuando los reaccionarios por defender sus privilegios, promueven guerras como la guerra de Sanderbun, la República engendra generales ciudadanos como Dufour, que fortalecen la unidad de Suiza; y cuando los esclavistas pretenden desgarrar los Estados-Unidos, la República engendra á Grant, que dispersa con su espada á los negros y demuestra la fuerte unidad que existe en el seno de las nacionalidades libres.

«Continuad, pues, amigos, en la propaganda pacífica de nuestras ideas y en la organizacion legal de nuestras fuerzas. Contamos con la conciencia de nuestro siglo para este gran trabajo. Y para triunfar tenemos libres las reuniones, libre la prensa, libre la tribuna, y en las manos el grande instrumento del progreso, el sufragio universal. Perseveremos en el entusiasmo por nuestra idea, en la sensatez de nuestra conducta; y estemos seguros de que nuestro destino es comenzar en esta tierra gloriosísima la fundacion de los Estados-Unidos de Europa, fórmula que nos ha dado la ciencia, y que realizará una política inspirada en el amor á la libertad y la justicia.—Salud y fraternidad.—Madrid 28 de mayo de 1869.

«Estanislao Figueras.—Emilio Castelar.—Gonzalo Serrallara.—B. de Abarzuza.—Enrique de Guzman.—Joaquin Gil Berges.—Pedro Caymó y Bascós.—Miguel Lardiez.—Eusebio Gimeno.—E. Maisonnave.—Santiago Soler.—Miguel Ferrer y Garcés.—José Igrí Llorens.—Pedro Castejon.—Victor Pruneda.—Froilan Noguero.—José Tomás Salvany.—Juan Palau y Generés.—Francisco García Lopez.—Antonio Benavent.—Pedro Bové.—José T. de Ameller.—Benigno Rebullida.—Emigdio Santamaría.—José Antonio Guerrero.—Roberto Robert.—Adolfo Joarizti.—F. Suñer y Capdevila.—José Compte.—José Cristóbal Sorni.—Pablo Alsina.—Juan Pablo

Soler.—Agustin Albors.—Juan Tutau.—Luis Blanch.—Francisco Pi y Margall.—Leonardo Gaston.»

El gobierno hubo de alarmarse ante el hecho de la reunion del partido republicano de la antigua coronilla y la alianza establecida entre las mas importantes provincias de España, para resistir la reaccion del ministerio y de la mayoría de las Córtes, que le apoyaba en todas las medidas que contra la revolucion habia aquel tomado.

Desde aquel momento la idea de los ministros de abatir el partido republicano tomó creces, porque su fuerza y buena inteligencia y energía, eran sin duda obstáculo invencible á sus propósitos.